

“Los dioses me pusieron en vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo, para picarlo, enardecerlo y mantenerlo despierto”.

(Sócrates)



CICLO DE CONFERENCIAS FORO DE OPINIÓN

En las siguientes páginas les ofrecemos un resumen de la última ponencia de la temporada 2013/2014 del Foro de Opinión, celebrada el 24 de junio y que estuvo a cargo de Daniel Marías, quien habló de “Julián Marías en escorzo filial”. A continuación incluimos un breve balance del curso 2013/2014 de la tribuna casinista clausurada en el mes de junio, que contó con la participación de destacados ponentes.

Alvaro Marías

“Julián Marías en escorzo filial”

Dentro del Foro de Opinión del Casino de Madrid, el Salón Príncipe acogió la ponencia del músico Álvaro Marías, con el título “Julián Marías en escorzo filial”, sobre la figura de su padre.

La presentación del acto corrió a cargo de D.ª Concepción García-Polledo, quien señaló en sus palabras, “la tarea harto difícil” que esto suponía “por su brillante oratoria” y para ello acudió a los clásicos filósofos, y cómo héroe de la antigüedad “Álvaro Marías es un pensador, por definición y por vocación”. Aludió también a los dos grandes legados dejados por Julián Marías: por una parte sus obras, y por otra sus cuatro hijos que “trabajan con denuedo para enriquecer nuestras mentes”; una tradición familiar que continúan los nietos, que también “contribuyen a la difusión de la obra y el pensamiento de su abuelo”.

Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, Álvaro Marías realizó las carreras de flauta y flauta de pico en el Conservatorio Superior de Madrid, obteniendo el Premio Fin de Carrera. También creó el grupo Zarabanda en 1985 “con el propósito de cultivar la interpretación del repertorio de cámara barroco renacentista y clásico con criterios históricos”, empleando para ello instrumentos originales o fieles copias de instrumentos antiguos.

En su “charla”, como el ponente prefirió denominar a su disertación, se planteó Álvaro Marías “qué hubiera dicho” su padre si le hubiera visto en este trance imaginando su encuentro el “día de mañana en el valle de Josafat, o mejor en la dehesa soriana”, porque según su padre en su “inveterado optimismo, el otro mundo estaría hecho a la medida de cada cual”. “No quisiera llevarme una reprimenda en tan singular circunstancia”, dijo, evocando la voz paterna que le hubiera dicho “no seas majadero”, su insulto preferido, “o haber dicho que no. Si no sabes nada de mí”. Para Álvaro Marías “yo no soy la persona adecuada para hablar de la filosofía paterna, y seguro que muchos de ustedes están más versados que yo”, por lo que centró su exposición “en compartir” con las



personas asistentes su particular perspectiva, “la visión de un hijo, mi singular escorzo filial” y trasladar “algunos aspectos, anécdotas y chascarrillos pintorescos” del medio siglo que compartieron. “Bastante nos previno nuestro padre de los hijos de escritores que «asumen papeles que no les corresponden, para lo que no están capacitados y lejos de honrar la memoria de sus progenitores, la utilizan o deforman a su capricho o conveniencia», como para no ser extremadamente cauto en este sentido. Prefiero mil veces resultar banal o superfluo que meterme en terrenos que no me corresponden y en los que mi palabra no es voz autorizada”. Para no arriesgar, Álvaro Marías apostó por “lo seguro, aquello que me consta que mi padre no me censuraría”, y leyó un artículo que Álvaro escribió con rapidez solicitado y publicado por el Diario ABC en mayo de 1996 con motivo de la concesión “un poco cicatera, por tardía y por compartida del premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades”. Además dicho artículo mereció el reconocimiento paterno que le felicitó con reiteración y entusiasmo algo que “rara vez prodigaba con sus hijos, o al menos conmigo”, dijo. “Mi padre es filósofo” era la respuesta cuando le preguntaban en el colegio, algo muy poco corriente, por lo que la indicación era “si acaso di que soy escritor”. Álvaro Marías fue consciente muy pronto de lo “poco corriente” que era su padre. “Un padre que no conducía; que no nadaba; que no compraría una televisión; que viajaba constantemente al extranjero, cuando no

era corriente; que no tenía sueldo; que no iba a la oficina; que estaba en contra de Franco y lo que era peor, todo el mundo lo sabía; que no castigaba a sus hijos pero no compraba bicicletas por las buenas notas, que era capaz de dejar resbalar la mirada por encima de unas cuantas matrículas de honor para conceder un “no está mal, podría estar mejor”; un padre que no me iba a reír las gracias, al menos en mi presencia; que no se iba a dejar influir por sus hijos, «gran peligro de la clase intelectual», decía, pese a que no se dejaba influir tampoco por apenas por ningún agente externo, se tratase de la filosofía, la política de moda o las idolatrías de las generaciones más jóvenes”. En otro momento Álvaro Marías aseguró que durante años, de lo único que él creía que había influido en su padre era haberle convencido de que cambiara la marca de vino, “y ahora dudo hasta eso”. Era un padre que “me iba a dejar, me iba a obligar a hacer lo que me diera la gana, sin darme pretextos para eludir mi propio destino o mi propia vocación, y no me iba a poner fácil el no llegar a ser yo mismo; y no iba a poner cara de espanto si le salía un hijo flautista”. Le dijo que si lo hacía muy bien podría ganarse la vida hasta con la cosa más rara, el problema era “si lo hacía sólo regular”.

Uno de sus rasgos era “su impermeabilidad. Su asombrosa capacidad de resistencia, sin la que sería incomprensible su trayectoria”, algo que le permitió sobrellevar la incomprensión de las dos Españas. En menos de un día podía ser tildado de izquierdista peligroso a señor de derechas. Era “un hombre extremadamente valiente, condición imprescindible para vivir con dignidad”. Recordó también que contadas veces había visto a su padre enfermo, ni cansado, pese al ritmo frenético de vida que llevaba. “Era ordenado en el tiempo aunque no en el espacio; no era rígido, ni engolado, ni arrogante y sí infatigable y tenaz hasta la testarudez que hace honor a su sangre aragonesa. Siempre fue cordial, fiel a sus principios, a sus ideas, a sus maestros. Su fidelidad y respeto hacia Ortega creo que es algo único en la historia cultural de este país, y fiel a sus muchos y excelentes amigos”.

La frase “por mí que no quede” le llevó a pasar en muchas ocasiones “los límites de la diplomacia y de la prudencia pero nunca los de la elegancia, los de la generosidad y la bondad”.

Un hombre sencillo al que le gustaba “la comida llana” como los churros para desayunar; el cocido madrileño, las berenjenas rebozadas, bacalao o el chocolate oscuro.

Además era un filósofo, una persona alegre, con los pies en el suelo, carente de la menor sombra de pedantería, con más orgullo como fotógrafo que como pensador, con entusiasmo por la poe-



sía, la novela, que no se perdía un museo ni una iglesia y leía de forma infatigable por el placer de hacerlo “con su ojo único de clarividencia ciclópea hundido durante horas en su sillón de orejas, con muy poco interés por las cosas y mucho por las personas”.

Pese a su gran actividad nunca dejó de hacer cosas importantes y vivir la vida con holgura, sin agobios, sin dejar de preservar la intimidad y sin dejar de degustar el pulso de la vida. “La filosofía no sirve para nada, solamente para vivir”, decía Ortega. “La filosofía de Julián Marías, la filosofía de la razón vital, le sirvió para vivir una vida que es su gran obra de arte”, a juicio de su hijo. Pese a ser un trabajador infatigable, recuerda que todo lo hacía con un enorme placer y disfrute. Nunca lo vio apresurado, ni fatigado y evocó el que tras sus largos viajes a Estados Unidos nunca supo lo que era el *jet lag*. “Tomaba un baño y se ponía a trabajar o a dar esa misma tarde una conferencia. Tuvo una fortaleza comparable a su férrea salud. Disfrutaba de todo. También de los viajes en tren, en los que se animaba muchísimo, incluso hasta llegar a jugar a las prendas, y recorrer a la pata coja medio convoy”. Esta fue una de las muchas anécdotas con las que el insigne músico ilustró la conferencia sobre su padre, salpicada de entrañables notas y apuntes.



“La filosofía de Julián Marías, la filosofía de la razón vital, le sirvió para vivir una vida que es su gran obra de arte”.